

numerosas son esas proposiciones, más adelantada está la ciencia. Cuantos menos supuestos y datos exige una ciencia, más perfecta es. Esa reducción es su estado final. La astronomía, la acústica, la óptica, le ofrecen su modelo. Conoceremos la naturaleza cuando hayamos deducido sus millones de hechos de dos ó tres leyes.

Me atrevo á decir que la teoría que acaba V. de oír es perfecta. He omitido varios rasgos, pero V. ha visto lo bastante para reconocer que en ninguna parte se ha explicado la inducción de una manera tan completa y tan precisa, con tal abundancia de penetrantes y justas distinciones, con aplicaciones tan extensas y exactas, con tal conocimiento de las prácticas efectivas y de los descubrimientos adquiridos, con más absoluta exclusión de los principios metafísicos y de las suposiciones arbitrarias, con un espíritu más conforme á los procedimientos rigurosos de la experiencia moderna. Me preguntaba V. no ha mucho qué han hecho los ingleses en filosofía. Respondo: la teoría de la inducción. Mill es el último de un gran linaje que empieza en Bacon, y que, por Hobbes, Newton, Locke, Hume y Herschel, se ha prolongado hasta nosotros. Han llevado á la filosofía nuestro espíritu nacional; han sido positivos y prácticos; no se han remontado por encima de los hechos; no han intentado caminos extraordinarios; han purgado al cerebro humano de sus ilusiones, de sus ambiciones, de sus quimeras. Le han empleado en el único sentido en que puede obrar; no han querido más que plantar barreras y antorchas en el camino ya abierto por las ciencias fecundas. No han querido gastar inútilmente su trabajo fuera de la vía explorada. Han ayudado á la gran obra moderna, el descubrimiento de las leyes aplicables; han con-

tribuido como los sabios especialistas, á aumentar el poder del hombre. Busque V. muchos filósofos que hayan hecho otro tanto.

XI

Va V. á decirme que mi filósofo se ha cortado las alas para fortalecer las piernas. Cierto, y ha hecho bien. La experiencia circunscribe el campo que nos abre; nos ha dado nuestro objetivo; nos da también nuestros límites. No tenemos más que mirar los elementos que la componen y los hechos de que parte, para comprender que su alcance es restringido. Su naturaleza y su procedimiento reducen su marcha á algunos pasos.—Y, por el pronto (1), las leyes últimas de la naturaleza no pueden ser menos numerosas que las especies distintas de nuestras sensaciones. Podemos muy bien reducir un movimiento á otro movimiento, pero no la sensación de calor á la sensación de olor, de color ó de sonido, ni una ú otra á un movimiento. Podemos referir muy bien, unos á otros, fenómenos de diferente grado, pero no fenómenos de diferente especie. En el fondo de todos nuestros conocimientos encontramos las distintas sensaciones como elementos simples, indescomponibles, absolutamente separados los unos de los otros, absolutamente incapaces de ser reducidos los unos á los

(1) Tomo II, pág. 4.
Historia.

otros. Por más que haga la experiencia, no puede suprimir esas diversidades que la fundan. Por otra parte, tampoco puede sustraerse á las condiciones en que obra. Sea el que quiera su dominio, se halla limitado en el tiempo y en el espacio; el hecho que ella observa viene circunscrito y determinado por otra infinidad de hechos que no puede alcanzar. Se ve obligada á suponer ó reconocer algún estado primordial de donde parte y que no explica. Todo problema tiene sus datos accidentales ó arbitrarios. De ellos se deduce lo demás; pero ellos no se deducen de nada. El sol, la tierra, los planetas, el impulso inicial de los cuerpos celestes, las propiedades primitivas de las sustancias químicas, son de esos datos. Si los poseyésemos todos, podríamos explicarlo todo por ellos, pero no podríamos explicarlos á ellos mismos. ¿Por qué en el origen, pregunta Mill, existieron esos agentes naturales más bien que otros? ¿Por qué se mezclaron en tales ó cuales proporciones? ¿Por qué se distribuyeron de tal ó cual manera en el espacio? Es una pregunta á que no podemos responder. Más aún: no podemos descubrir nada de regular en esa misma distribución, no podemos reducirla á cierta uniformidad, á cierta ley. La reunión de esos agentes es un puro accidente para nosotros. Y la astronomía, que nos ofrecía hace poco el modelo de la ciencia acabada, nos ofrece ahora el modelo de la ciencia limitada. Podemos predecir muy bien las innumerables posiciones de todos los cuerpos planetarios; pero tenemos que suponer, además del impulso primitivo y de su grado, además de la fuerza atractiva y de su ley, las masas y las distancias de todos los cuerpos de que hablamos. Comprendemos millones de hechos, pero mediante un centenar de hechos que no comprendemos; alcanza-

mos consecuencias necesarias, pero por medio de antecedentes accidentales; de modo que, así estuviese concluida la teoría de nuestro universo, tendría aún dos grandes lagunas: la una al comienzo del mundo físico, y la otra al principio del mundo moral; la una tocante á los elementos del ser, y la otra á los elementos de la experiencia; comprensiva la una de las sensaciones primitivas, y la otra de los agentes primitivos. «Nuestra ciencia (dice Royer-Collard) consiste en beber la ignorancia en su más alta fuente.»

¿Podemos al menos afirmar que esos datos irreducibles no lo son más que en apariencia y para la mirada de nuestro espíritu? ¿Podemos decir que tienen causas, como los hechos derivados de que son causa? ¿Podemos asegurar que cuanto ocurre en cualquier punto del tiempo y del espacio sucede según leyes, y que nuestro pequeño mundo, tan bien regido, es un resumen del grande? ¿Podemos salir de nuestro estrechísimo recinto, á favor de algún axioma, y afirmar algo del universo? De ningún modo, y aquí es donde Mill lleva las cosas hasta las últimas consecuencias: porque la ley que atribuye una causa á todo hecho no tiene para él otro fundamento, otro valor ni otro alcance que nuestra experiencia. No encierra su necesidad en sí misma; recibe toda su autoridad del gran número de casos en que se ha reconocido exacta; no hace más que resumir una suma de observaciones; une dos datos que, considerados en sí mismos, no tienen conexión íntima; junta el antecedente y el consecuente tomados en general, como la ley de la gravedad junta un antecedente y un consecuente tomados en particular; consigna un enlace como hacen todas las leyes experimentales, y participa de la incertidumbre y de las restricciones de esas leyes. Oiga V. estas ca-

tegóricas palabras: «Estoy convencido de que, si un hombre acostumbrado á la abstracción y al análisis ejercitase lealmente sus facultades para el caso, una vez adiestrada su imaginación, no hallaría dificultad ninguna en concebir que, en alguno de los firmamentos en que ahora divide el universo la astronomía sideral, pudiesen ocurrir las cosas á la ventura, sin ninguna ley fija; y ni en nuestra experiencia, ni en nuestra constitución mental encontramos ningún motivo, grande ni pequeño, para creer que eso no pasa en ninguna parte.» En la práctica diaria podemos fiarnos de una ley tan bien establecida; «pero en las partes lejanas de las regiones estelares, donde los fenómenos pueden ser totalmente diferentes de los que conocemos, sería locura afirmar de un modo categórico el imperio de esa ley general, como sería locura afirmar que imperan allí las leyes especiales que dominan universalmente en nuestro planeta.» Nos vemos, pues, alejados irrevocablemente de lo infinito; allí no alcanzan nuestras facultades ni nuestras afirmaciones; permanecemos confinados en un círculo reducidísimo; nuestro espíritu no va más allá de su experiencia; nosotros no podemos establecer una conexión universal y necesaria entre los hechos; quizá no existe siquiera entre los hechos ninguna conexión universal y necesaria. Mill se detiene en este punto; pero es claro que, llevando su idea hasta el fin, se llegaría á considerar el mundo como una simple aglomeración de hechos. Ninguna necesidad interior produciría su enlace ni su existencia. Serían puros datos, es decir, accidentes. A veces, como ocurre en nuestro sistema, se hallarían reunidos de modo que acarreasen sucesiones regulares; otras se hallarían reunidos de modo que no las produjesen. Como entiende Demócrito, en el corazón de las cosas residiría el

azar. De él derivarían las leyes, y no derivarían más que aquí y allí. Sucedería con los seres lo que con los números, lo que con las fracciones, por ejemplo, que según el azar de los dos factores primitivos, tan pronto se desenvuelven como no se desenvuelven en períodos regulares. He aquí una concepción original y elevada á todas luces. Es la última consecuencia de la idea primitiva y dominante que hemos desentrañado en el comienzo del sistema, que ha transformado las teorías de la definición, de la proposición y del silogismo, que ha reducido los axiomas á verdades de experiencia, que ha desenvuelto y perfeccionado la teoría de la inducción, que ha determinado el objeto, los límites, las provincias y los métodos de la ciencia, que ha suprimido en la naturaleza y en la ciencia las conexiones interiores, que ha sustituido lo necesario por lo accidental, la causa por el antecedente, y que consiste en afirmar que todo aserto útil conduce á unir dos hechos que por su naturaleza están separados.

§ 2.º—LA ABSTRACCIÓN

I

—Un abismo de azar y un abismo de ignorancia. Sombria es la perspectiva; pero no importa, si es verdadera. Por lo menos, esa teoría de la ciencia es la de la ciencia inglesa. Rara vez, convengo en ello, ha re-